

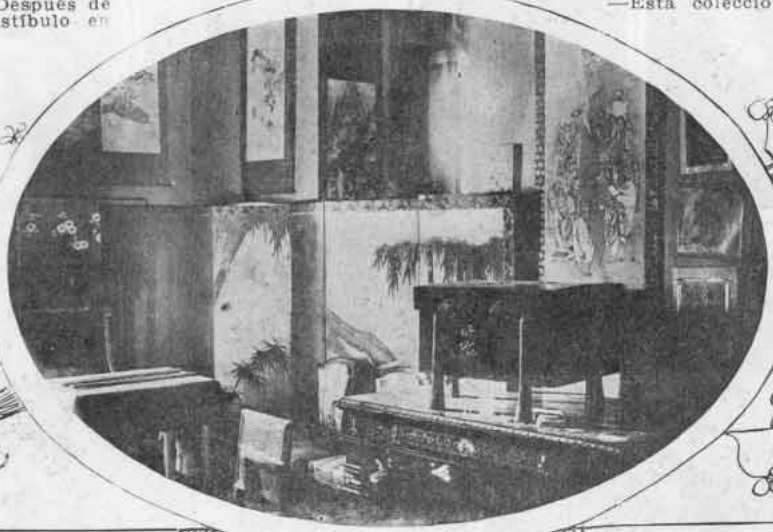
INTERIORES

VIII.—Colección de la Sra.
Luisa Lynch de Gormaz

DESDE que penetramos a la casa de la distinguida dama señora Luisa Lynch de Gormaz, un ambiente artístico y refinado nos recibe. En el largo y silencioso vestíbulo de la gran mansión, al cual llega la frescura de la enredadera, que escala sigilosamente una de las murallas del jardín, nos sale al paso un grupo en mármol de las hijas de la dueña de casa. Es una obra seria, tranquila, que representa a tres hermosas niñas en actitud tierna. Después de cruzar un vestíbulo en

señora Lynch, un dulce dejo melancólico de añoranzas, de recuerdos de viajes, y sus ojos miran los objetos como evocando en ellos un pedazo de su vida en lejanos países, en remotos horizontes, y así cada explicación ilustrativa, va dejando en cada objeto como una nostalgia amada de otra vida que se fué. Su palabra es fácil, es amena, y por ella nos imponemos que la existencia de la distinguida coleccionista, ha transcurrido largo tiempo en Europa, en el mundo diplomático, en el cual ella, con afición de artista, se dedicó a cultivar su espíritu.

—Esta colección de graba-



el cual vemos a la ligera algunas antigüedades de valor, entramos al gran hall de la mansión, y aquí nuestra vista se recrea en tapices orientales de exquisito color, en brocados antiguos y en una colección magnífica de pinturas japonesas, que nos traen la evocación del lejano y legendario país.

Pronto nos sale a recibir la señora Lynch, que con exquisita amabilidad de gran dama, nos va explicando el significado de todo lo que tiene, con sencillez de buen gusto, como persona que está habituada desde largos años a todo aquello que forma parte de su vida, y que por lo tanto, para ella es casi todo su ambiente, sin ser objeto de lujo decorativo.

Hay en las frases de :





dos japoneses y de pinturas, que Ud. ve, las adquirí cuando mi esposo estuvo de diplomático en el Japón. Hace algún tiempo orgánico una exposición de estas obras, pero el público, poco preparado para juzgarlas, no pudo darse cuenta del valor que ellas representan.

Sobre las murallas del hall, tapizadas originalmente con sencilla tela de color gris para no hacer perder el valor del colorido a los cuadros, vemos más de cien kakimono—nombre que se da a los cuadros en el Japón, y cuya palabra significa: **kaki**, colgante; **mono**, cosa—que representan otros tantos asuntos del país exótico. Mujeres en distintos trajes y movimientos, pequeños temas de la tierra, símbolos, rostros insinuantes, malignos; a veces, alguno de ellos, con una expresión que nos admira por su fuerza y su calor de vida. La señora Lynch nos dice con palabra ilustrada:

—Hay aquí cuadros de dos grandes artistas del Japón. De Outamaro, que es algo así en aquella tierra como un Botticelli o un La Gándara, pintor del mundo femenino, y cuadros de Hokusay. Estas dos grandes firmas, que tienen características acentuadas, ocupan en el Japón la supremacía en materia de arte. Pintaban en esos tiempos en que la pintura de aquellos países no estaba influenciada por el arte europeo, que hoy empieza a invadir los talleres japoneses.

Fijamos atentamente nuestras miradas, y podemos notar diferencias en la composición y carácter de aquellos **kakimono**s preciosos. Hokusay fué un gran artista. Su estilo fuerte y sus figuras netamente humanas, no fueron admitidas al principio en el país. Se le discutía, se le negaba a veces su talento, y aquel hombre seguía impasible pintando sus composiciones maravillosas y extrañas, hijas de un gran espíritu que tenía de la realidad una visión maravillosa. Los novelistas Edmundo y Julio de Goncourt, que como se sabe eran grandes aficionados a lo exótico, y a veces se ocupaban de venta y compra de cosas de valor en arte, lo lanzaron en París, haciendo ver al público ilustrado que se interesaba por estas materias, el gran talento que había en esos cuadros que, a primera vista, aparecían desagradables por reproducir fielmente la realidad. El Japón, no desoyó los ecos elogiosos de la Europa y sobre todo de París ante los cuadros de Hokusay, y entonces le concedió la gloria que hasta hacía poco le había negado.

Hokusay, por lo que vemos de él en la colección de la señora Luisa Lynch, es único, es admirable. Lo pinta todo y con fuerza enorme.

Ya es un rostro atormentado de hombre, como es una cara extraña, de pesadilla, que os quedará grabada largo tiempo en vuestra pupila. Ya veis un cuadro de un paisaje sentidísimo, como un trozo a lo Doré, que representa un suplicio japonés, un castigo, una tortura soñada por imaginaciones refinadas.

Outamaro es el contraste: dulce, galante, acariciador en sus figuras de mujeres, como enamorado de aquellos modelitos de porcelana viva y cálida de sus mujeres.

La señora Lynch tiene dos espléndidos salones japoneses. Hemos visto en ellos preciosidades extrañas, únicas aquí, como unos biombos, que han sido la admiración de diplomáticos del Japón, estilo Korin—muy estimados—lacas maravillosas, tres cofres exquisitos en los cuales se consultan y se armonizan los tonos más dulces y suaves de la marquetaría oriental. Vitriñas llenas de marfiles artísticos, miniaturas,



porcelanas sencillas y complicadas; en fin, dos salas que invitan a soñar con el país de los almendros y los durazneros, armoniosas y severas en su tono general, en las cuales la luz penetra en gamas de ámbar, que hace más preciosa la evocación exótica.

En la sala escritorio apuntamos algunas obras de Rodin, del gran escultor Rodin, que son las únicas piezas del genial artista que hemos encontrado hasta aquí en Santiago—es de suponer que haya otras. La señora Lynch, trató

mucho en París al artista. Como se sabe, éste le hizo un espléndido busto, que fué premiado en París y que actualmente está en el Museo del Luxemburgo y que pasará al Louvre después de la muerte del artista francés. Vemos, firmado por Rodin, un retrato del gran pintor francés Sebastián Lepage, en bronce, lleno de vida y de carácter. Aparece Lepage como poseído por el chispazo de la inspiración, con pinceles y paleta, en un arrebatado supremo. Un pequeño mármol expresivo, que representa a una mujer en actitud pensativa. Es un trozo de un gran monumento, que no se ha terminado todavía, y que tiene la fecha de 1887. Además, un proyecto de estatua del señor Patricio Lynch, vigoroso, con el sello inconfundible del gran maestro de la escultura moderna. Estas solas piezas bastarían para dar un valor inestimable a cualquier museo. ¡Son de Rodin, nada menos!

Un boceto de Puech, nos hace recordar algo que se refiere a la historia de este artista relacionada con el señor Carlos Morla, esposo en primeras nupcias de la señora Lynch. Mucho del nombre de Puech se debe al apoyo del señor Morla, cuando el escultor todavía no se daba a conocer. El señor Morla lo ayudó eficazmente y así pudo optar al premio de Roma, que lo consagró en definitiva.

Cerca de estas preciosidades, anotamos con placer dos aguas fuertes de Manet, el discutido pintor francés que defendió Zola tan ardorosamente; un Dagnan Rouveret, que representa una figura ascética en oración y una gran cantidad de bronce de exquisito cincelado.

En el comedor, severo y de sobria elegancia, encontramos un Julio Romero de Torres, que hace tiempo admiramos en la Exposición Internacional de Bellas Artes, en la sala española. Era la mejor obra de este artista que se exhibía allí y que fué adquirida por la señora Lynch en una gruesa suma de dinero, junto con otro del mismo autor, de gran mérito también. El primero de estos cuadros representa "El amor místico y el amor profano", dos figuras de exquisita delicadeza, envueltas en ese color de crepúsculo azul tan característico del pintor español, admirado por Ramón del Valle Inclán.

Como haciendo contraste con esta pintura casi religiosa, un precioso pastel firmado naturalmente que por Besnard, que representa a la señora Lynch. Es un trozo de una fineza de color que seduce.

Pasando al hall nuevamente, nos sorprende por su caliente colorido y por una franqueza maestra de pincelada, un cuadro firmado por Maurice Leblor, una página admirable de pintura: un herem, tres favoritas abandonadas a la pereza. ¡Qué magnificencia de tonos, qué sinceridad y manera maestra de pintar. Al frente, un detalle decorativo de Tiépolo, muy hermoso y fresco.

Y como se ve, no hay nada en esta colección tan única, que no pertenezca a una gran firma gloriosa.